



Jesús Ruiz Mantilla
Yo, Farinelli, el capón



JESÚS RUIZ MANTILLA

Yo, Farinelli, el capón

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2017

© Jesús Ruiz Mantilla, 2017
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic, SL
Depósito legal: B. 4034-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-78-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Lourdes Manzano y Jaime Valcárcel,
amigos del alma, hoy vecinos.
A mi madre, por la vida.
A Marta, Paula y Cristina,
por soportar los desvelos mientras lo escribía
A Vera, que canta nuestras mañanas.*

PRIMERA PARTE

Europa

Yo, Farinelli, súbdito y criado de Su Majestad el rey de España, a quien debo honores, fortuna y favor, doy gracias a Dios, a estas alturas de mi existencia todavía fértiles en conocimiento y razón, por todo lo que me ha depurado en vida.

Acaba de entrar el año del Señor de 1780, que jamás, ni por asomo, ni por delirio ni por clarividencia, soñé alcanzar. Escribo estas líneas cuando he cumplido ya setenta y cinco años, con la esperanza de poder aumentar una cuenta que no depende de mí. Aquí, desde este humilde escritorio del despacho que ocupo en mi villa de Bolonia, la amable y docta ciudad que me ha acogido en los últimos años de mi vida, quiero dejar constancia con la pluma y sobre el papel de todo cuanto he amado. También de lo que aprendí y de aquellos momentos en los que, entonces sin ser muy consciente y hoy completamente convencido de ello por el acicate de la memoria, pude inhalar el suspiro momentáneo de la belleza más absoluta.

Yo, Farinelli, también conocido como Farinello, el *castrato*, de quien dicen que fue el más famoso de su tiempo, represento y representé el terco devenir de una especie, de una estirpe que entregó siempre su vida a proporcionar placer a los oídos y las almas ajenas. Dicen que llegué a ser quien más gloria conquistó en una época que no durará muchos años más. Sencillamente, espero que la razón se imponga siempre a los fanatismos, aunque éstos traten de perseguir una idea de lo sublime.

Si además del gusto he logrado seducir la sensibilidad

de algunos corazones o, al menos, reparar sus males proporcionándoles un aliento de bondad, un empuje que diera sentido momentáneo a sus vidas, me doy más que por satisfecho. Comprendo, o más bien me resigno a aceptar, que el coste de mis sufrimientos fue para bien. Sobre todo cuando intuyo, con esta naturalidad con la que suelo predecir venturas y desventuras por venir, que el arte de los *castrati* llegará a su fin. Un desafío a la naturaleza de Dios tan evidente no puede perdurar eternamente, aunque sirva para honrarlo.

Fui famoso, fui rico, fui ambicioso. Fui alabado, halagado, premiado. Vi gente desfallecer, caer a mis pies por una emoción que les partía la voluntad con el simple sonido de mi voz. En ningún teatro donde mi gloria prevaleciera, osó nadie negarme ningún favor ni se atrevió empresario alguno a poner en duda mis demandas. Bien es cierto que jamás llegué a los límites de mis contrincantes Sinesino o Caffarelli, las criaturas más caprichosas y volubles a los desatinos que dio en conocer nuestro planeta tierra. Pero ése es un apartado sobre el que prefiero detenerme más adelante.

Si algo considero milagroso, y doy gracias a Dios por ello más que por cualquier otro don, es que aquellos ambientes y esos mundos donde todo Satanás anda dispuesto a regalarte sus artes y cualquier macaco te presta sus monerías no me hicieran perder la cabeza y el juicio, como pasó con casi todos los demás artistas de mi condición.

Triunfé en una Venecia desaforada por el amor al teatro. Recorrí Italia y casi Europa entera, al menos aquella en la que el arte de la ópera resultaba primordial. También partí al encuentro de grandes maestros. Quise conocer a Haendel en Inglaterra, donde además acabé ganándome la gloria de uno de los públicos más exigentes del mundo en un país donde se aprecia de verdad un canto y un sentido musical del que muchos de sus talentos carecen. Pero colmé todos mis sueños en España, adonde el destino me con-

dujo de la mano de la reina, mi señora, doña Isabel de Farnesio, para que el arte curara las terribles sombras de melancolía que habían anulado la voluntad del rey, mi señor, Felipe V.

Parece que la música consiguió curarle desde el momento en que escuchó mi voz. Aunque ahora, frente a este espejo blanco de papel y tinta, confieso que mis cuerdas se encontraban en preocupante decadencia. No estaba ya en condiciones de ganarme el aplauso de todos los teatros del continente, como había ocurrido hasta entonces. Pero resultaba todavía un instrumento convincente y con inmediatos resultados curativos, por lo que demostró aquel trance. Así que para el rey, mi señor, fui mejor médico que artista aunque él creyera lo contrario o situara ambas destrezas en la misma balanza. Las vendas que brotaban de mi garganta sirvieron para que recuperara el ánimo y prosiguiera su irrenunciable deber de regir los destinos del mundo. Porque si bien en esta época envejecida —que acabará pronto por tocar a su fin que ha rizado demasiado el rizo de los desmanes, las injusticias, las intrigas con esa recurrente tendencia al exceso en que ha caído— mandan los cánones marcados desde Francia por su abuelo, Luis XIV, a quien han dado en llamar Rey Sol, el dominio de España todavía impone su vigencia sobre los mapas.

Hoy, desde este humilde refugio en Bolonia, adonde vine a retirarme hace casi veinte años, todo lo contemplo con sana distancia. Me he dedicado día tras día a disfrutar de un tiempo que me he empeñado en hacer correr más lento. Ante todo a reflexionar acerca de lo que ha sido mi vida y, entre otras cosas, acerca de los acontecimientos de los que fui testigo en la corte de España: primero con mi señor Felipe V y después junto a su dignísimo sucesor, Fernando VI, y su maravillosa y sensible esposa, la reina Bárbara de Braganza. Ella se reveló como todo un prodigio para las artes y la música en el reino, aunque esos esfuer-

zos y gastos que la pobre prestara en su día al desarrollo de lo más sublime hayan quedado después en nada.

Dejé la corte por orden de Su Majestad Carlos III, que ordenó mi salida inmediata de Madrid. Quizá tomara la decisión mal aconsejado ante el persistente recelo de sus colaboradores más inmediatos y los deseos de venganza de su madre, una resurrecta reina Isabel. A él, quiero dejar constancia de lo siguiente para la posteridad: no le guardo ningún rencor y sí el mismo agradecimiento y lealtad que procuré a sus antecesores. Su Majestad ha conservado para mí una más que generosa asignación real de la que todavía disfruto y con la que me enorgullezco del lazo que me unirá hasta el fin con la corte más gloriosa de cuantas pisé. Con ese dinero nunca ha faltado ni va a faltar cobijo y comida para todo español que dé con sus huesos en Bolonia. Aquí, cualquiera de sus paisanos aconseja a los forasteros de ese reino que se acerquen a visitarme. Saben que, por el simple hecho de su condición, en mi casa no se les escatimará nada.

Tan español me siento que tengo por gusto denominarme a mí mismo Farinelli, «el capón». Así que yo, Farinelli o Farinello, el capón, observo estos días los restos de mi vida con la humildad y la falta de boato con que me los devolverán en su justo término al concluir mi paso por este mundo. Con el prisma lleno de esos coloridos matices que el cristal del tiempo filtra para borrar lo que es demasiado accesorio y entre los cuales encontramos nuestras más íntimas verdades. Nadie puede nublar ese juicio supremo que viene a ser el de los hombres cabales ante su pasado, el de las almas auténticamente libres, que deciden culminar sus días con la mirada limpia sobre todo lo que tocaron y con los ojos convenientemente enfocados hacia quienes se cruzaron en su camino.

Cuando queda poco por delante y la espalda, además de atormentarnos, nos dibuja demasiados vericuetos; cuando has perdido gran parte de la dentadura y no pue-

des saborear los manjares que te hicieron estallar el paladar en las mejores mesas, sin que con esto llegue a menoscabar esa pasta fresca que me deleita en la ciudad donde he decidido morir; el día en que sin los anteojos andas perdido por una casa llena de criados que evitan ser vistos para que no los reprendas, algo a lo que yo apenas acostumbro salvo si les sorprendo en tareas impropias, cuesta ir habituándose a que las horas del esplendor desaparecieron para siempre. Ahora sé que nada volverá a lo que creíamos se repetiría y menos aún a aquello que no supimos disfrutar con buen tino. Se acabaron también las segundas oportunidades. Y aquella música...

Con mi cuello de gallo a punto de visitar el matadero y mis andares torpes. Con el escaso y ridículo cabello que descansa ahogado bajo mi peluca blanca. Con estas manos temblorosas y los lagrimales irrefrenables después de todas las muertes de mis seres más queridos. Con estas toses que me desloman el cuerpo en cada ataque. Amenazado por la artritis y algunos asomos de gota. Sosteniendo a duras penas toda esta carga que representa ya el cuerpo que me mantiene cautivo y no quiero mirar más en el espejo, cuesta hacerse a la idea de que en una época fuera llamado en toda la Europa más esplendorosa «el divino Farinelli».

Yo, que posé junto a la reina, doña Bárbara, y el rey en algunos de sus retratos; yo, que inspiré los pinceles de Amigoni, de Flipart, de Giaquinto cuando me trazó con las vestimentas de la orden de Calatrava después de que mis señores los reyes tuvieron a bien concedérmela... Yo, Farinelli, el capón, ahora no me reconozco y evito el riesgo de aparecerme entre las sombras y los reflejos del agua. No estoy dispuesto a soportar los caprichos de una casualidad mortífera que me obligue a caer frente a un espectro soberbio de mí mismo. Yo, que fui el amo del mundo, que con mi voz pude iluminar la maltrecha razón de quien debía encargarse de regir los destinos de un imperio, pre-

fiero hacer examen de conciencia y mirar hacia dentro para encontrar, entre los requiebros de mis tripas y los laberintos de mi alma, algún resquicio de sentido a lo que ha sido mi larga, próspera y, hasta ahora, indestructible existencia.

Puede que la razón de esta fortaleza por la que cada día tengo que dar gracias al Señor venga de mi infancia. Nací en Andria, en el sur, un pueblecito del reino de Nápoles que no está muy lejos de Bari. Allí vine al mundo el 24 de enero de 1705, bajo el nombre de Carlo Maria Michelangelo Nicola Broschi, hijo de Salvatore Broschi y Caterina Barrese. Era el último de tres hermanos: mi adorado Riccardo –todavía hoy le lloro– y Dorotea.

Todos nos criamos gracias al aire puro de una comarca demasiado seca pero agrícola y mediterránea por cada uno de sus costados. Riccardo y yo hemos pasado el resto de nuestra vida extrañando el olor penetrante del trigo seco y la alquimia de la asombrosa brisa marina tan añorada en los días de verano. Esa que venía a aliviar el calor sofocante, con la bondad de quien imagina a unos ángeles extendiendo una sábana.

Llovía poco en Andria, por tanto desde que salí del territorio de mi infancia no ha pasado día con agua en que no recordara la fiesta que suponía aquel regalo ocasional de unas finísimas gotas de líquido sobre nuestro suelo. Se ablandaba así esa alfombra que te provocaba magulladuras en cualquier caída traicionera. Recuerdo cómo Riccardo y yo exponíamos la cara con los ojos cerrados para regarnos el rostro empapado con ese rarísimo milagro.

Pese a llevar impregnada en todos mis sentidos la llamada de la tierra, no provengo de una familia de campesinos. Aunque muchos han querido pensar que sí. El reino de Nápoles es el que más *castrati* ha regalado al mundo,

con una mayoría proveniente de familias humildes y hambrientas. De hombres del campo con más de diez hijos que decidían operar a alguno de sus vástagos para resolverles el futuro, pues desde hace tiempo es la mismísima Roma la gran demandante de nuestros servicios.

Más bien, yo representaba lo contrario a la norma. Provengo de una familia noble y amante de la música. Desde nuestra más tierna infancia nos inocularon, sobre todo a Riccardo y a mí, el veneno del arte. Gracias a eso, mi hermano se convirtió en compositor y ha creado algunas de las páginas y las notas más bellas salidas de talento humano. Yo, su hermano pequeño, no he hecho más que devolverle con mi voz la gloria y la dicha que a mí y a quienes me escuchaban nos producía su música.

Mi padre tuvo el honor de ver aceptar al gran duque de Andria, Fabrizio Caraffa, ser mi padrino el día del bautizo en la iglesia de San Nicolás. Aunque éste envió en su nombre a Lucio Pincerna para representarle, fue cosa rara que accediera a ello. La razón pudo haber sido meramente la política: pese a la amistad que unía a nuestras familias desde hacía años, el desprecio constante al que fue sometido mi progenitor por parte de los gobernantes españoles, que por aquel entonces jamás lo admitían en sus círculos, hacía difícil a alguien de la posición del duque prestarse a tal gesto de reconocimiento y generosidad.

Fuimos nobles, cierto, y bien es verdad que jamás faltó alimento en nuestra mesa, ni tuvimos que privarnos de ropajes dignos ni instrumentos con los que perfeccionar un amor a la música, creciente y sin remisión. Pero tampoco nuestras posibilidades eran deslumbrantes para lo que se estilaba en la nobleza de la época. Nunca supimos con certeza a qué se debía el castigo que tenía que sufrir nuestro padre entre los caprichosos ánimos de los españoles. La razón puede remontarse a la época en que el antepasado de la familia, Pietro Broschi, fue gobernador de Scala y Ravello. Con seguridad, la pena no debía cargarse a nues-

tro abuelo Giulio Barrese, en su día tesorero de la región de Abruzzo.

Tampoco nos quitaba el sueño aquel desprecio que terminó cuando a mi padre lo nombraron gobernador de Maratea y Cisternino. Más bien al contrario: entre algunos paisanos éramos mejor vistos. Mi amor al canto, además, me permitía evadirme de las mezquindades de todo pelaje, y mi voz, que comenzó a deslumbrar a los míos cuando contaba tan sólo cuatro años, se fue convirtiendo en un arma de seducción constante para las personas que en un principio debían imponerme más respeto.

Enseguida me empezaron a pasear por salones de varios amigos en Nápoles. Aunque éramos originarios de Andria, pasábamos gran parte de nuestros días en aquella ciudad, y además entré a cantar en catedrales e iglesias de las comarcas cercanas. Eran los tiempos en los que nuestra tierra se empezaba a conocer en el mundo, como dije antes, por la proliferación de los *castrati*. De ellos, sin saber que yo acabaría entre los de su casta, guardo memoria muy temprana. Existía hacia nosotros cierta naturalidad propicia en el ambiente, bendecida siempre por la Iglesia, que hacía aparecer a los miembros de la que sería mi futura especie como seres excepcionales.

No importaba el riesgo que comportara la operación: sólo la mitad de los que entraban en la casa, casi siempre siniestra, del castrador salían en condiciones normales. El caso es que de ser un método curativo para ciertas enfermedades, como las hernias, la epilepsia o la locura, la castración se convirtió en Nápoles en un paso decisivo hacia el futuro para muchos niños cuyo único tesoro residía en la voz. Fue la primera ciudad en la que en el siglo anterior al nuestro se permitió dicha solución para familias que contaran con más de cuatro hijos.

La Iglesia lo consentía todo con respecto a los *castrati*. Los demandaba con mucho ímpetu, así que la bendición de la práctica estaba completamente asegurada para casi

todo el mundo. Habían prohibido la ópera en Roma en la primera década del siglo corriente para compensar la ira que Dios nos había demostrado con un terremoto, y tampoco estaba permitido que las mujeres hicieran teatro. Así que los *castrati* comenzábamos a disfrutar de nuestra edad dorada y eso había penetrado en todas las capas de una sociedad tan fracturada como enloquecida.

Tampoco se aseguraba que después de la intervención las facultades vocales permanecieran intactas, aunque, en aquellos años, jamás un elemento aleatorio resultaba suficientemente convincente para arrancar de su determinación a una familia que veía sus penas resueltas con una mera operación quirúrgica. Más tenían todos que perder si no la llevaban a cabo. Más se quedaba en el camino si no se hacía nada por conservar aquella voz de ángel que con un poco de suerte los podía librar de la miseria.

Mi caso no fue tal. Ni yo ni los míos necesitábamos nada para sobrevivir. Siempre he estado convencido de que, a mí, decidieron operarme por una razón más relativa al fanatismo artístico. No por justificaciones médicas pertinentes.

Aunque así, con esta claridad, no llegué a confesárselo a mi primer biógrafo, Giovenale Sacchi. No es del todo cierto aquello que le dije. Nada tuvo que ver una mala caída de un caballo para que me castraran. Más bien creo que aquella excusa sirvió de pretexto a nuestro padre para cumplir un sueño de inmortalidad a través de mí. Siempre pesó en él la convicción de que aquello, si contaba con el coraje suficiente para llevarlo a cabo, no tendría otra consecuencia para mi destino final que la gloria.

Jamás le he guardado rencor. Ni en los días en que el ánimo se te puede venir abajo –hay veces, sobre todo en sueños, que he añorado ser un hombre corriente–, encauzo mis quejas hacia su memoria. Pero la verdad es que ni él ni yo quisimos nunca que me convirtiera en una persona normal. Yo, Farinelli, había nacido para otra cosa.

La voz es un don divino, un ajuste de cuentas del Señor con la mediocridad, y es nuestra obligación conservarla en sus mejores condiciones. Muchas veces en los últimos años, desde que vine a retirarme a Bolonia, pienso qué habría sido de mí de haber perdido la voz. ¿Me habría convertido en un secretario eficaz? ¿En un terrateniente sin ínfulas? ¿Habría echado a perder mi alabado carácter sereno y tendente al sentido común por culpa de una frustración insuperable?

Cuando eres niño y tu voz se impone en medio del oscuro vacío sonoro de las iglesias, las únicas que arropan la música y la convierten en una forma fiable de auténtica comunicación con Dios, no puedes concebir otra forma de vida. Cuando has hablado con el Señor gracias al poder de tu canto, no quieres depender de otros intermediarios. Sólo deseas conservar esa fuerza desafiante para cualquier ser humano. Esa habilidad exclusiva que sólo pueden desarrollar unos pocos elegidos.

Por eso no pasa día en que no dé gracias a mi padre por haber tomado aquella decisión. A nadie debiera sorprender que mi recuperación fuera rápida, que no cayera en aquella especie de locura en que se hundían los recién operados por el trauma sufrido, ni apenas soltara una lágrima en los días siguientes, cuando convalecía en mi casa rodeado de los míos, entregados a tratarme a cuerpo de rey, proporcionándome todos los caprichos que un niño pueda imaginar. Más cuando en su ánimo resultaba difícil que se borrarán todas las dudas.

Me lo hicieron cuando tenía nueve años en casa del castrador que más garantías ofrecía en todo Nápoles. Fue una operación completamente clandestina. Por aquel entonces, las autoridades empezaban a poner algunas pegas, más empeñadas en conservar ciertas apariencias que otra cosa. No permitían que se practicara en mayores de siete años, por ejemplo, y si se iba a hacer a una edad más avanzada era el niño quien debía dar autorización. Yo no lo

dudé jamás y que se retrasara hubiese supuesto el riesgo de perder una porción importante de claridad vocal.

Lo recuerdo casi todo perfectamente. Hasta que perdí el conocimiento cuando me introdujeron en una bañera de agua helada, uno de los métodos de anestesia más frecuentes. Podrían haber practicado mi castración de muchas maneras: por trituración de los testículos, frotándolos hasta disiparlos y retorciéndolos hasta el punto de dejar muerta la vena por la que circulan nuestras semillas. Pero no, en mi caso no fueron necesarias tales artes y todo se redujo a una pura y simple escisión, sin mucho secreto, un corte preciso que estaba llamado a colocarme en los altares.

Temía los demás métodos, de todas aquellas usanzas que había oído contar a niños de mi entorno, entre cuyas conversaciones ya pude adivinar otra de las cosas que se me iba a venir encima: la humillación que acarrearía mi nueva condición. Los castrados éramos la diana de todos los chistes malévolos en cualquier círculo.

Cuando llegué a la casa del castrador, a quien sólo vi en sombras y adiviné en sonidos al otro lado de la habitación de madera recia, me tranquilizó comprobar encima de la mesa los utensilios con los que llevarían a cabo los cortes. Relucían sobre una sábana blanca y llamaban la atención por sus contornos variados, más redondos o más punzantes según el caso o la necesidad quirúrgica. El hombre, desde la otra estancia, hacía remover el hielo de la bañera hasta convencerse de que la temperatura del agua iba a surtir algún efecto sobre el paciente, que era yo, y de quien no sospechaba hasta qué punto iba a dejarse hacer todo lo necesario.

Olía a alcohol y a gasa planchada, a carne putrefacta y sangre salpicada sobre las paredes. Nadie sonreía, ni siquiera la mujer que me hizo desnudarme y tumbarme sobre el catre perfectamente encajado en el suelo con tornillos y patas de madera muy resistentes. Quiero decir que

nadie sonreía de verdad. Porque aunque aquella mujer, que ofrecía cierto aspecto de bruja blanca con su pelo recogido en un tocado sencillo, esbozara un gesto amable para que no nos sintiéramos incómodos, las muecas no llegaban nunca a tornarse sonrisas.

Me acompañó únicamente mi padre, que observaba todo a su alrededor con la resignación de un animal acorralado. Por el ambiente, en primer lugar. Por el miedo que le inspiraba su ya casi ineludible decisión. Y, sobre todo, por el temor, aún mayor, a que el plan se arruinara y yo nunca se lo perdonara. Pero ahora sé que, aunque cada paso hubiese resultado estar dirigido por las artes del demonio y fracasáramos, nunca le habría considerado culpable de su determinación.

El castrador entró en la habitación y me saludó, amable. Llevaba un delantal blanco y limpio atado a la cintura que aumentaba su presencia de por sí desconcertante. Yo miraba hacia todos lados con los ojos inquietos. Era un niño más bien delgado, con ojos muy saltones, oscuros, perfectamente enmarcados entre paredes blancas y no como hoy, camuflados entre una nebulosa rojiza que delata lo que he soportado en vida. Me saludó y me palmeó las mejillas. Después reconoció mi cuerpo y preguntó varias cosas a mi padre: asuntos de enfermedades, males corrientes. A él no se le ocurrió nada que destacar. Al parecer fui un muchacho fuerte, con escasos achaques y ánimo más bien vital.

Aquel hombre se dirigió a mí con cortesía. No parecía un carnicero sin escrúpulos, que es como yo había imaginado siempre a los castradores, más bien destilaba una cercanía extraña, incluso extravagante, que lo convertía en un personaje teatral. Todo cuadraba con una escena napolitana, esa parte del mundo en que nada se parece a lo que uno puede calificar como normal. Lo observo y lo juzgo ahora con la distancia que me han proporcionado mis múltiples viajes, mis muchas vidas, pero un niño de nueve

años no lo podía percibir así. Ni siquiera era consciente de lo que significaba ser napolitano.

Yo no atendía a las conversaciones que mantenían mi padre y él. Sólo respondía lo mejor que podía a sus preguntas. Enseguida quiso averiguar si me gustaba la música, y por el brillo de mi mirada al responder comprendió que era lo que más me apasionaba del mundo. Mi padre certificó la respuesta y el castrador respondió: «Vamos a dejar que el universo entero pueda disfrutar de Carlo Broschi».

Aquello me animó todavía más y me ayudó a concentrarme en lo principal, pues corría el riesgo de ser arruinado en ese trance por los detalles que me distraían desde donde estaba tumbado. Lo principal era que en ese momento, en cuanto me trasladaran a la otra estancia para anestesiarme con el agua helada, iba a iniciar un viaje sin retorno y abandonar mi condición de humano mortal para convertirme en el divino Farinelli.

El despertar fue lento. Lo que debía hacerse se hizo. Cumplimos nuestra voluntad y me atrevo a decir, sin miedo a pecar de soberbia, que también respondimos al deseo de Dios Nuestro Señor. No porque yo pretenda penetrar en los designios de su santa voluntad, sino por lo que deduzco de las palabras del apóstol Mateo: «Hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre; hay eunucos que fueron castrados por los hombres y hay eunucos que se castraron a sí mismos por amor del reino de los cielos. Quien se sienta capaz de comprender, que comprenda».

Desde la humildad de este pliego de papel, con la lágrima que impregna la tinta sobre el mismo, yo, Farinelli, escribo y dejo constancia de que mi caso responde al último de los supuestos apuntados por el evangelista. Un eunuco que se castró a sí mismo por amor del reino de los cielos. Esa certeza nadie me la podrá arrancar y nunca ha flaqueado mi firme convencimiento en que hicimos lo correcto.

Aquel día perdí todos los paraísos que hasta entonces había conocido y gozado en compañía de los míos, pero empecé a ganar una gloria sin límites para la que debía estar preparado. Es curioso lo que me viene ahora, con una extraña lucidez paradójica, a la mente, pero fue precisamente el hecho de la castración lo que me convirtió en hombre. Todo cambió a partir de entonces. Atrás quedaron los recuerdos de una infancia sin temores en los alrededores de Nápoles y Bari, de una niñez protegida entre sedas, algodones, juguetes de madera, olores encontrados en los jardines de nuestra casa y sonidos que nos marcaron

a todos para siempre con un cántico de felicidad, de juegos y sanas diferencias fraternales en las que mis hermanos y yo fijábamos nuestras propias reglas.

A Riccardo no le perdí entonces más que de manera temporal, porque la música nos unió físicamente hasta su muerte. Él me acompañó incluso hasta España, donde murió un mal día de 1756. Me alegro de que, en lo que a mí respecta, sólo se haya perdido lo peor, porque desde entonces hasta ahora, poco me habría visto brillar. En cambio él sí que podría haber vivido sus mejores años, porque la madurez de un compositor nos ofrece muchas veces sus mejores frutos y representa una época de superación asombrosa y constante, gracias a la sabiduría acumulada.

Por aquellos días, cuando yo contaba diez años y nos separamos de la familia definitivamente, él estudiaba en Santa Maria di Loreto, uno de los cuatro centros que proporcionaban fama a Nápoles por toda Europa como esa ciudad en la que se ofrece una exquisita enseñanza musical y que inventó el propio concepto de conservatorio como escuela artística. Yo podía haber caído en cualquiera de las aulas de estos centros, del que Santa Maria di Loreto era el decano pues había sido fundado el primero de todos, en 1537. Le siguieron el de la Pietà dei Turchini, abierto en 1584, el de los Poveri di Gesù Cristo, de 1589, o el de Sant'Onofrio, de 1600. Todos gozaban de fama y prestigio con estudios dedicados específicamente a los *castrati* convenientemente separados en dos clases, una para la cuerda de sopranos y otra para la de contraltos.

Yo contaba con el favor y el consentimiento de mis protectores, los Farina, una familia de magistrados muy influyente en la ciudad, para hacer lo que quisiera. Pero finalmente, quizá movidos por un impulso de sobreprotección, para evitar posibles humillaciones que hicieran caer mi ánimo excesivamente pronto o que mi nueva condición me provocara una rebelión interna desaconsejable,

todos optaron por encomendarme al maestro Nicolò Porpora.

La aparición de su figura en mi vida representa la personificación de la buena suerte. Llegó en el momento justo para cumplir todo el plan establecido. Yo, en cierto modo, era un joven abierto a mi propio futuro, pero demasiado inquieto por él. En muchas ocasiones, la ansiedad de lo que estaba por venir me colocaba fuera de mis límites. Me sentía aislado y en poco tiempo iba a padecer más la soledad, un abismo del que me salvó sin ninguna duda Porpora, mi maestro, el arquitecto de mis habilidades, la persona de quien yo más he aprendido a poder ser Farinelli.

Tomé prestado mi nombre de los Farina. Espero haber sido capaz de devolverles la leyenda de mi nombre con el eterno agradecimiento a todo cuanto hicieron por mí. Aunque ellos, simplemente, cumplieron con una costumbre que se iba imponiendo cada vez más en Italia por aquella época: dejar la educación de un joven especialmente dotado en manos de un gran maestro.

Mis artes debieron de convencer a Porpora sin asomo de duda. La limpieza del agudo, la asombrosa capacidad para respirar y acumular aire que ya demostraba a aquella edad, lo convencieron de que detrás de esa aparente timidez del primer contacto podía esconderse un gran cantante, un artista por pulir de la piedra donde permanecía escondido, si seguimos la imagen del gran Michelangelo Buonarroti.

Porpora se comprometió a alojarme en su casa, alimentarme y vestirme, si era necesario, para acelerar lo máximo posible mi formación. Yo me veía a las puertas del sueño, aunque todavía confuso por un cambio de vida tan abrupto. Había perdido cuanto me había definido como un ser en el mundo hasta entonces: mi familia, mi casa, la protección de mi madre y mi hermana, la complicidad con mi hermano, el apoyo incondicional y diario de mi padre. Aquella seguridad, los escenarios que dominaba entonces,

los bancos de las iglesias donde cantaba. Tenía por delante, en cambio, todo por ganar.

Aprendí rápido a mirar las cosas de otra manera. La neblina que a menudo cubría el Vesubio, siempre imponente en esa bendita bahía napolitana que jamás dejaré de añorar y que quisiera volver a ver antes de morir, me enseñó a apreciar la terca claridad de Andria. La presencia demasiado evidente del mar me inquietaba y la anarquía ordenada de Nápoles me sobrecogía un poco en sus calles de olores penetrantes y niños chillones.

Algo dentro de mí me decía en cambio que mi vida en la ciudad iba a resultar un paso fundamental para todo lo que tuviera que venir después. Así que pronto dejé de desconfiar de aquellas mujeres de tez demasiado oscura y de la brutalidad de los hombres que habitan los puertos. Solía pasear a menudo por la calle. Me ofrecía rápidamente para hacer cualquier recado de la casa. Ir a por medicinas, recoger encargos en el sastre o en las panaderías. No me importaba con tal de impregnarme de cierto aire napolitano, porque sospechaba que la vitalidad de aquella villa abierta al mar iba a proporcionarme muchas armas para el camino que tendría que recorrer después.

Así ha sido con el tiempo. Nápoles, esa ciudad que cuenta con su propia ley, fue mi escuela de aprendizaje fundamental para la vida y sobre todo para la música. Las clases con el maestro Porpora gozaron de todo tipo de ventajas. Con él aprendí en cinco años lo que me hubiera costado el doble en un conservatorio. Su dedicación a mí fue plena y constante, pese a que era un compositor reconocido y a quien no le faltaba trabajo. Había estrenado su primera ópera, *Agrippina*, en Nápoles en 1708, y justo un año antes de que yo entrara a formarme con él había triunfado en Viena con *Arianna e Teseo*, que se estrenó con motivo del cumpleaños del emperador, entonces Carlos VI.

Yo le admiraba sobremanera pese a la dureza, la cons-

tancia y la disciplina que se empeñó en hacer formar parte de mi vida con tan sólo diez años. Son cosas que, en principio, poco tenían que ver con un niño, pero mucho menos con un niño napolitano. Disponía de un talento para la música y para enseñarla que se salía de lo normal. Sabía cómo conservar dentro el veneno y contagiaba un entusiasmo que podía hacerte desembocar en ese tipo de fanatismo del que resultaba difícil escapar.

En mis cinco años a su lado participé con él de dos de sus éxitos. Primero el del estreno de *Temistocle*, en Viena, el 1 de octubre de 1718, y después de *Faramondo*, que se representó por primera vez en Nápoles en noviembre de 1719. No recuerdo exactamente el día, sólo sé que el teatro se caía ante tamaña demostración de talento y ante tal explosión de sensibilidad musical. Con él aprendí todos los vericuetos del canto barroco, las trampas, cada uno de los laberintos y sus salidas.

Contaba con un método propio que nos enseñaba y que daba grandes resultados para abordar el estilo. Él disfrutaba con mi aguante. Presumía ante los visitantes de mi capacidad de sostener la respiración, que superaba a la de otros *castrati* conocidos. Ya entonces nuestra leyenda narraba que no respirábamos y que podíamos ofrecer una sucesión de más de diez notas en un solo suspiro. Yo iba más allá. Comenzaba con un sonido suave, casi un murmullo, y lo podía llevar después fuera de los límites. Transformarlo y hacerlo viajar en una carroza cuesta abajo con mi garganta. Era capaz de pasar así más de un minuto, sin enrojecer, encadenando una cascada de sonidos y ornamentos que dejaban boquiabiertos a quienes se acercaban a escuchar.

Con esa materia prima de mi cuerpo, bien dispuesto a aceptar todo tipo de retos, Porpora quiso aprovechar mis posibilidades hasta rebasar todos los muros conocidos. Cuando quería provocarme soltaba algunos comentarios dañinos: «Parecéis un gallo descabezado», me decía. Cuando

cumplía con su ley, sonreía, dejaba muerta su mano, que había ascendido y descendido varias veces al ritmo de la música salida del clave, y comentaba: «Los mataréis de un suspiro».

Porpora era un personaje de carácter, más acorde con una manera de ser del norte que del sur. Sus simpatías por el Imperio austriaco, que confieso llegó a transmitirme, le decantaron siempre por la corte vienesa, donde terminó ganándose la vida gracias a la música, como maestro y compositor. Creó casi cincuenta óperas, con una disciplina inquebrantable que ha sido el mejor ingrediente para lidiar con divos de temperamentos a dominar como los nuestros.

Yo admito haber conservado la cabeza y el ánimo en su sitio gracias a él. Resultó fundamental que estuviera ahí cuando me comunicaron la muerte de mi padre. Al pobre quiso llevárselo el Señor a la mala edad de treinta y seis años, demasiado joven. Sobre todo porque no pudo disfrutar de la dicha de verme triunfar por todo el mundo, pues Farinelli tampoco sería Farinelli si don Salvatore Broschi no hubiese tenido el arrojo y la visión de decidir mi castración. Pero una fiebre perra acabó con su vida antes de que pudiera vernos a Riccardo y a mí en lo alto de los escenarios, provocando el delirio a diestro y siniestro, gracias en gran parte a muchos de sus sacrificios.

La noticia me afectó mucho. Tenía doce años, llevábamos dos separados y el plan, diseñado para convertirme en inmortal, parecía haber perdido la mitad de su sentido. Pero yo decidí seguir adelante cargando su deseo en mi ánimo, tal como me aconsejó Porpora que hiciese. El músico se convirtió en esa época en el padre que yo había perdido. Además, su palpable juventud todavía contagiosa –había cumplido veintiséis años cuando me tomó a su cargo– me ataba aún más incluso a los deseos de triunfo.

Él los recuperó en mí tras una decaída de ánimo por la mala noticia de la desaparición de mi padre. Un argumen-

to me convenció bastante más que el resto: «Cuando uno posee en su interior los utensilios de una voz como la vuestra, debe saber que los tiene en depósito. Porque los auténticos dueños de ese tesoro son aquellos a quienes vais a regalar vuestro don: el público, que se apodera del aire de vuestros sonidos y tiene por eso la capacidad de convertirnos en inmortal o condenaros al desprecio».

Me lo dijo a riesgo de que no fuese capaz de entender lo que me estaba transmitiendo. Pero yo ya contaba con la madurez suficiente como para asimilar que no iba a ser nunca más dueño de mi vida, que ésta iba a quedar consagrada a la voluntad de quien me fuera a escuchar, que de ellos dependería el juicio de mi grandeza o la condena de mi desgracia, y que en esa jaula con diamantes iba a pasar el resto de mis días. Porpora murió hace doce años, en 1768. Sus últimos años fueron duros y cuando Metastasio me habló de sus penurias yo inmediatamente quise ponerles remedio. No sé si su gloria como compositor perdurará, porque el tiempo es ese sable que poda casi todo a su paso. Sigue vivo en mi memoria y en la de los que aún conservan en su oído las óperas que dejó escritas. A mí me duele no haber podido honrarlo con mi nombre de *castrato*. En lugar de Farinelli o Farinello, por justo reconocimiento a mis protectores, bien me podía haber llamado Porporino, pero se me adelantó por poco tiempo otro de sus alumnos, Antonio Uberti. Que Dios me perdone: no sabe este cantante de tres al cuarto, más cuando jamás llegó a ser nadie, el rencor infinito que le he guardado por ello.